

Reseñas

COLETTE GUILLAUMIN, *Sexe, race et pratique du pouvoir. L'idée de Nature*, París, Éditions Côté-Femmes, 1993.

En el libro *Sexe, race et pratique du pouvoir. L'idée de Nature* se recopilan distintos trabajos de Colette Guillaumin que se forjaron en la perspectiva de la sociología de la dominación, dentro de la cual se enmarca, diríamos naturalmente, la reflexión sobre la mujer en la década de los años setenta y hasta nuestros días.

En un lenguaje ameno que pretende llegar a un público ciertamente culto, mas no especializado, la autora da unidad a estos diversos ensayos que fundamenta en un ámbito pluridisciplinario. Se basa en la filosofía, cuestionando o haciendo suyos, por ejemplo, presupuestos aristotélicos, hegelianos o del marxismo, en general; revisa la jurisprudencia francesa e inclusive el derecho consuetudinario; recupera elementos de la etología, así como de la biología, tanto darwiniana como moderna, entre otros textos de interés para las ciencias sociales.

En efecto, muestra, retomando técnicas de observación propias de la antropología y/o de la microsociología, las raíces del sexismo, que equipara con la esclavitud, examinando los mecanismos diseñados por el grupo dominante: los machos de la especie humana, para mantener dentro de las instituciones sociales una relación de poder político discriminatoria hacia las hembras de esta misma especie, las cuales son un bien común de los primeros.

Afirma que este grupo dominante, por ella denominado clase, ha desarrollado sofisticadas y nuevas formas para perpetuar su control sobre las mujeres, seres enajenados que no se pertenecen socialmente, y cuyo usufructo particular lo confiere el derecho consuetudinario y también la ley gracias al "supuesto contrato matrimonial" o a la patria potestad sobre los hijos e hijas, frutos biológicos de la mujer, de su cuerpo dado en cesión completa al hombre-marido o al hombre-padre.

Lo anterior se da, no obstante la lucha de las feministas, las cuales, por un lado predicán en el desierto, ya que son poco numerosas y/o se "autoengañan" en un curioso proceso de fabulación-simulación del cual los machos son, finalmente, responsables.

Es decir, si se pudiera escuchar las mentes de estas "nuevas parejas", surgidas del feminismo, se escucharía un diálogo así:

"Yo, mujer, soy un ser humano, trabajo, comparto las responsabilidades

domésticas con mi compañero, quien a su vez ha adoptado mi punto de vista como ser oprimido socialmente; estoy contenta, soy feliz, no reproduzco los patrones de dominación sexista.”

“Por mi parte, yo, como su compañero, le tengo consideración, me conduelo de la suerte de las mujeres, en general; tengo la capacidad de condescender y admitir su punto de vista, aunque ella sabe perfectamente que yo sé, ‘en el fondo’ que las mujeres, en general, deben ser sometidas al hombre, son mujeres, inferiores por naturaleza. Eso es genético; por lo tanto, no soy en lo individual, ni en lo colectivo, como miembro de la clase dominante, responsable de una disposición biológica, divina.”

La gama de técnicas que poseen los machos para lograr sus fines de dominación es extensa: va desde las costumbres, el derecho, las evidencias biológicas, la asimilación ficticia de cierto feminismo, hasta el ejercicio de la violencia en todas sus facetas, el maltrato verbal, la tortura psicológica, los golpes, la violación y el asesinato.

El sexismo no se limita en el tiempo y en el espacio, como ingenuamente podría creerse, a las llamadas sociedades “arcaicas o primitivas”; aquí y ahora se encuentran multitud de situaciones en las que se oculta falazmente, pues en las sociedades modernas, postindustriales, los machos han encontrado en la simulación una refinada vestidura para esconder un hecho político real: la enajenación de las mujeres en tanto que clase, de forma análoga al tipo de subyugación que experimentan otros grupos estigmatizados socialmente, como en los orígenes del racismo —de ahí el título de esta compilación.

Se plantea que una de las principales tesis para arraigar la inferioridad de la mujer en su propia conciencia es su pertenencia al dominio de lo Natural, en tanto que el hombre es Cultural por excelencia.

La mujer testimonia un origen primigenio del “hombre”, ya que su valor deriva exclusivamente de su animalidad, de su capacidad reproductora o de su fuerza de trabajo, una fuerza de trabajo inculca por definición.

En este tenor, lo propio de la inteligencia femenina, cuando se reconoce, es la espontaneidad; la intuición resulta una forma no acabada y, por lo tanto, imperfecta y devaluada de la lógica, que por esencia corresponde a los machos de esta singular especie, únicos productores de civilización y tecnología.

El mismo razonamiento se aplica para cualquier actividad que se atribuya a las mujeres y debe considerarse una constante en las ideologías que pretenden fundamentar algún tipo de discriminación o relación de poder político de dominación de un grupo humano sobre otro, como el racismo y la esclavitud, salvo que esta última deriva de una apropiación violenta: la guerra.

En cambio, para las mujeres se trata de una apropiación que se pretende demostrar que es “natural”; tiene que ver con un comportamiento animal, original, genéticamente programado; esa tendencia la acusan inclusive los más recientes trabajos de la biología.

El culto a las diferencias “naturalmente dadas”, una herencia de la psicología del comportamiento y de la sociobiología, permite, por un lado, que se allane el debate sobre la igualdad entre hombres y mujeres y, por otro, que se reafirme equivocadamente, como lo sostiene Colette Guillaumin, “el derecho a la

diferencia”, en una lógica que final y perversamente resulta en exaltar aquello que estigmatiza a las mujeres en su infrahumanidad.

De manera clara, la autora precisa que las polémicas del igualitarismo o de la reivindicación de la diferencia como parte de un mecanismo de identificación grupal —identificación que debiera preceder y conducir a su independencia— se han expresado en corrientes que han permeado el feminismo, pero que constituyen en sí mismas falsos debates. Son discusiones estériles, ya que, efectivamente, deben reconocerse las diferencias anatómicas, sexuales, biológicas —éstas sí, naturales—, aunque no debe fundamentarse en ellas un trato de diferenciación discriminatoria; simplemente, es una evidencia como el color de la piel, la pigmentación de los ojos, la estatura, etcétera.

En resumen, las mujeres pertenecen, al igual que los hombres, a la especie humana; comparten su pertenencia absoluta al reino animal, sin ser —como se ha querido estipular, para nuevamente basar una relación social de poder en un hecho “biológico”— complementarias del “hombre”: su mitad perdida, la mitad ancestral, original y salvaje.

De hecho, la crítica de principios que podría dirigirse a este conjunto de reflexiones reside esencialmente en un juicio demasiado somero o apresurado de las concepciones de las “culturas tradicionales o primitivas” a las que hace vagamente referencia la autora.

Su visión pesimista reduce a los pocos que exaltan o han exaltado la figura femenina, desde cualquier ángulo, catalogando este hecho como un mero proceso de simulación, de autoengaño con fachadas que van de lo místico-religioso, pasando por el socialismo, al militantismo feminista más radical, porque el derecho a la diferencia deriva en retomar como bandera lo que ha esclavizado a la mujer.

Su posición es política y clara; parte de una realidad indiscutible, aunque podría pensarse que raya en la subjetividad al “ignorar” o no abordar con mayor detenimiento los efectos de reclamar como rasgo de identificación determinante “la diferencia”. ¿No es éste acaso un mecanismo de reacción, de defensa y liberación entre los pueblos oprimidos, las clases dominadas?

Esta lucha por la diferencia quizá formaría parte de un estilo de feminismo gradualista, y precisamente por ello, porque contribuye al autoengaño, esta dirección de la lucha por la mujer y de la mujer es rechazada por la autora.

En fin, la polémica forma parte del atractivo de esta lectura, además de su amenidad. Reta al movimiento feminista a repensarse desde una perspectiva no de género, como es la moda, sino de clase, y que logre llevar a la mujer y al hombre al tercer milenio con un cambio radical de sus mentalidades.

De este modo se dibuja un nuevo humanismo que podría rescatar la mítica unidad primigenia de la que nos hablan abundantemente las culturas arcaicas, *no occidentales*, de cuando no estaban permeadas por éstas. Simbólicamente, experimentan con dolor y tragedia una búsqueda nostálgica por recobrar esa especie de androginia original en la cual los hombres sublimarían su atribuida “envidia por la capacidad reproductora de las mujeres” y éstas, a su vez, sublimarían su supuesta “envidia por el falo”, en una exégesis occidental de estos mitos.

PATRICK HUSSON, *De la guerra a la rebelión (Huanta, siglo XIX)*, Cuzco, Lima, Centro de Estudios Regionales Andinos Bartolomé de Las Casas e Instituto Francés de Estudios Andinos, 1993, 247 pp., cuadros, bibliografía.

La historiografía sobre los *movimientos campesinos* en América Latina puede dividirse entre quienes consideran que guardan, abierta o encubiertamente, un “potencial revolucionario” capaz de propiciar el avance de la historia y conducir a la transformación positiva del Estado, y quienes los sindicán como agitaciones más bien retardatorias de la modernización y defensoras en última instancia del orden (rural) establecido. El predominio de uno y otro temperamento ha oscilado pendularmente a lo largo de las últimas décadas. Los “campesinos revolucionarios” de los años setenta han dado lugar a los “campesinos reaccionarios” de los noventa.

Durante el siglo XIX, la historia de Perú conoció rebeliones campesinas, no tan grandes como la de Túpac Amaru en el siglo anterior, sino de trascendencia más bien regional o local. Investigadores como Nelson Manrique y William Stein han probado, no obstante, que el estudio de tales convulsiones puede acercarnos a la comprensión del funcionamiento de esas, aparentemente aisladas, sociedades rurales serranas y a las motivaciones que, esporádicamente, empujaron a los campesinos a la violencia.

Patrick Husson, historiador francés, nos introduce con su libro (originalmente, una tesis presentada en París en 1983) en una apasionante historia local, por medio del estudio de dos rebeliones —campesinas e indígenas, simultáneamente— acontecidas en una misma región, pero en dos momentos distintos: 1826 y 1896. La región es la parte norte del departamento de Ayacucho (las actuales provincias de Huanta y La Mar), bien conocida hoy por la virulencia que aquí alcanza la lucha armada de Sendero Luminoso. Las rebeliones: la de los “indios iquichanos” contra la naciente república peruana, en un episodio todavía oscuro de “indios realistas”, que injustamente ha tenido poca atención en la historia peruana; y la “rebelión de la sal”, que estalló al comienzo del gobierno de Piérola como protesta por el impuesto con que había de gravarse dicho producto, convertido en virtud de estrategias fiscales en un *estanco* (o monopolio del Estado).

Uno de los elementos más interesantes del libro es el *método* o *diseño* del trabajo. El mismo autor se ha encargado de destacarlo en la introducción. En vez de estudiar una sola rebelión en un estilo monográfico, o de intentar abarcar todo un conjunto de insurrecciones campesinas dentro de un amplio territorio, clasificándolas de acuerdo con alguna tipología (antifiscales, antiseñoriales, etc.), Husson aborda dos rebeliones de dimensión “provincial”, separadas en el tiempo por casi un siglo; la comparación entre ambas le permite obtener conclusiones más profundas; al tiempo que, en la medida que el escenario de ambas fue el mismo, el estudio debía servirle (aunque ésta es la parte menos lograda) para comprender la evolución del campesinado regional en el siglo XIX.

La primera conclusión —interesante, aunque no novedosa— del trabajo

es que estos “movimientos campesinos” (como son conocidas las agitaciones de Huanta de 1826 y 1896) no fueron solamente “campesinos”. Es más: no podrían entenderse, ni habrían surgido, en el marco limitado de una sociedad campesina. El papel de la sociedad no campesina y de los líderes no indios se revela como fundamental para la comprensión de por qué estalló la rebelión y qué objetivos perseguía. La idea no es original, ya que la ingerencia de procesos y personajes extracampesinos en este tipo de rebeliones es un hecho común y reconocido; pero lo valioso del trabajo del autor es su exposición de la manera en que se dio dicha interacción: en un esquema que desborda los marcos puramente regionales y se aleja, convincentemente, tanto del estrecho economicismo como del sobrevaluado utopismo incaico de estudios similares.

Las rebeliones, de acuerdo con el razonamiento de Husson, fundarían sus orígenes en el impacto local y regional que siguió a una gran transformación en el nivel nacional. La independencia de España fue uno de ellos; la derrota del Partido Cacerista por las fuerzas pierolistas, que de esta guisa asumieron el control del Estado en 1895, otra. El reacomodo de las élites locales del norte de Ayacucho, como secuela de dichos cambios, dejó a los campesinos en el lado de los perdedores.

Tanto con ocasión de la guerra de Independencia como con la de la guerra con Chile, los campesinos fueron armados y movilizados para los combates por las élites locales, que poco después resultaron derrotadas en las luchas entre los “mistis” por conseguir el dominio sobre la nueva situación creada. Los vencedores, representantes en ambas situaciones de grupos mestizos o blancos emergentes, y sin tradición de poder económico o político en la región (de hecho, resultaron triunfantes gracias al apoyo del poder central, y no por su fortaleza regional), amenazaron el *status quo* por su previsible apetito de tierras y poder. Los campesinos, entonces, reaccionaron contra estos advenedizos, en alianza con sus antiguos protectores derrotados. En suma, y como lo anota el autor en los capítulos conclusivos: rebeliones contra “la incertidumbre”; “reacción emotiva frente al cambio social”, y defensa, al fin, de la “miseria conocida” (p. 229).

De 1826 a 1896, por otro lado, Husson constata una pérdida de autonomía de la sociedad campesina indígena. En esta última época, su protesta ha perdido en fuerza política (no se trata ya de desafiar al Estado central) y en capacidad de un liderazgo medianamente autónomo. Resignados ya a medrar dentro de la república peruana, en un papel marginal, dentro de una región marginal, los campesinos de finales del siglo XIX aparecen como más “manipulables” por las élites, aunque siempre aferrados a la defensa de su “territorio” histórico.

Lo que el lector puede reclamar a este trabajo (aparte de un mapa y mayor cuidado en la corrección de pruebas) es un mejor conocimiento de los *actores*. La sociedad campesina indígena aparece como un personaje nebuloso y enigmático. Sólo se ofrecen unos escuálidos datos demográficos y unas vagas referencias a los antecesores *pokras* y *chankas* de antes de la conquista española. ¿Quiénes eran los indios, o los campesinos, en esta sociedad? ¿De qué vivían? ¿Cómo se gobernaban? Ocurre lo mismo con las élites. El lector desespera por conocer mejor, por ejemplo, a los pierolistas huantinos: ¿De dónde provenían?

¿Qué querían? ¿Cuál era su proyecto regional o de nación? Al quedar estas preguntas sin respuesta, sólo queda imaginar a la "nueva élite" ayacuchana de final del siglo XIX como una gavilla de bandoleros clientelizados por el nuevo caudillo en el poder.

Una mejor definición de los actores habría permitido a Husson afinar mejor su comprensión de las alianzas entre mistis y campesinos. Es decir: ¿Quiénes pactaban con quiénes? ¿Por medio de cuáles representantes? ¿Sobre qué bases? ¿Cuáles fueron las fronteras de esas alianzas? En esta medida, su libro nos habría servido para confrontar sus resultados con los derivados de otros esfuerzos (como, por ejemplo, los de los autores citados *supra*) y, finalmente, para saber qué defendían los campesinos de Huanta con el obstinado conservadurismo que Husson les adjudica (al parecer, con razón).

Carlos Contreras

HOMERO R. SALTALAMACCHIA, *La historia de vida: reflexiones a partir de una experiencia de investigación*, Colección Investigaciones, San Juan, Puerto Rico, CIJUP, 1992, 236 pp.

Escrito de manera fluida, este libro nos introduce y, en otros casos, reafirma sobre la pertinencia de la historia de vida en la investigación sociológica. La incapacidad de otras técnicas para abordar problemáticas sociales permite al enfoque cualitativo ofrecer una solución metodológica. Saltalamacchia tiene como objetivo en este libro sumergirnos en uno de los tantos paradigmas sociológicos y definir los procedimientos, las etapas y los prerrequisitos básicos de este enfoque, así como definir cuáles pueden ser las circunstancias, los problemas y las reflexiones en las que se hacen relevantes las historias de vida. Preocupado por rescatar la experiencia de una generación perseguida políticamente, el autor se va involucrando en una metodología cuyo valor radica en resaltar los significados, los sentimientos y los recuerdos de aquellos sujetos cuyas acciones e ideas pasaron de la protesta pública a la clandestinidad.

El paso de la narración oral en sociedades tradicionales a la escritura en las modernas hizo del recuerdo y del conocimiento formas de comunicación legítimas. Sin embargo, la historia oral permaneció en grupos despojados, perseguidos y marginados (tribus guerreras, indígenas, negros y esclavos) que no podían dejar huella de su presencia; ilegitimidad que le valió a las historias de vidas ser un método no dominante en la investigación sociológica.

Posteriormente, la Escuela de Chicago, en 1930, quiso formar un estilo de pensamiento a partir de este enfoque. Como consecuencia de la expansión industrial y urbana, sus temas eran la drogadicción, la delincuencia juvenil, el análisis de los vecindarios y la estructura urbana. Fue el momento en que la insuficiencia metodológica requería una renovación, ya que así lo exigían los nuevos problemas de la sociedad moderna. Como material antropológico, como

biografías de personajes históricos, la historia de vida fue definida por Blumer como *un relato de la experiencia individual que revela las acciones de un individuo como actor humano y participante en la vida social*.

Con el desarrollo de la economía norteamericana, este tipo de enfoque se aisló, debido a la introducción de técnicas más sofisticadas, resaltando la importancia del dato y la cuantificación. Fue una época conservadora que alentó el pensamiento funcionalista y positivista y consideraba los relatos de vidas una técnica subsidiaria que permitía controlar y refutar ciertas teorías, formular hipótesis, captar lo subjetivo en los parámetros de "objetividad" e ilustrar la dimensión temporal de un proceso, pero que tenía baja confiabilidad por el excesivo peso de lo subjetivo que imposibilitaba la representatividad.

Pese a las correcciones sugeridas en la época, el subjetivismo no pudo superarse y se tuvo la certeza de que los relatos de vida siempre estarían invadidos por los sistemas de selección usados por el informante y por las categorías analíticas utilizadas, además de su incapacidad para alcanzar la representatividad. Esta opinión permitió formular preguntas clave, como: ¿Permitían las técnicas cuantitativas eludir el llamado vicio subjetivo? ¿Acaso mediante esas técnicas efectivamente se neutralizaba al sujeto y lo real era captado en toda su infinita magnificencia y esplendor?

Las corrientes positivistas y empiristas, al atacar el enfoque cualitativo por subjetivista, revelaron que la historia de vida tenía el mismo fundamento epistemológico que sus contrarias, en el sentido de que la proclamaban como la aproximación más auténtica a la realidad, el mismo argumento de los partidarios de la técnica cuantitativa. Para el autor, atacantes y defensores de la historia de vida caían dentro de una ilusión empirista: *el dato nunca es y nunca podrá ser lo real mismo. En tanto material simbólico, el dato es siempre una determinada estructuración de la realidad; la transposición de lo real a lo simbólico siempre representa un proceso de reducción, de síntesis y de atribución de sentido; en tanto dato, lo real es siempre un real construido*. Al derrumbarse el paradigma del empirismo lógico, la subjetividad ya no fue vista como un obstáculo cognitivo, sino como un elemento natural de todo proceso de conocimiento.

En el capítulo segundo, el autor nos expone su contexto teórico-epistemológico, en el cual discute los límites del razonamiento hipotético-deductivo desde la propuesta metodológica constructivista de H. Zemelman. A partir de aquí, busca construir sus "conceptos ordenadores básicos", para estructurar lo común agregado a todas las cosas y lo específico de cada una de ellas. Esto refuta el razonamiento hipotético-deductivo, ya que ningún proceso social puede ser equivalente a una deducción desde la teoría hacia el hecho. El enfoque constructivista piensa que el objeto del conocimiento histórico-social debe ser tratado cual caso específico, de lo que surge la necesidad de crear las imágenes teóricas pertinentes.

Es necesaria la separación entre lo que Zemelman llamó funciones epistemológicas y funciones teóricas de los conceptos. Para las funciones teóricas, es posible hacer afirmaciones válidas sobre la parte de la realidad objeto de estudio; en este caso, la teoría permite establecer una imagen acabada del he-

cho, mientras que la perspectiva epistemológica abre el campo de la percepción para aquello no previsto por la organización conceptual anterior. De esta forma, la configuración valorativa del investigador es privilegiada con cierta teoría, mientras que la perspectiva epistemológica permite descubrir los otros aspectos secretos no privilegiados de lo real. Al considerar conceptos de diversas perspectivas, se está considerando su función epistemológica y no la teórica. Cada una guarda algún contenido de verdad en su aspecto descriptivo, aun cuando no sean verificables en su aspecto explicativo.

Posteriormente, el autor analiza el uso de las historias de vida en una investigación; se proponía la reconstrucción de los factores que constituyeron el movimiento social juvenil argentino de los años sesenta. Después de una revisión periodística y académica, concluye que la insuficiencia de este material se debe al énfasis en las causas estructurales. De ahí que un enfoque microsociológico debía comprender "las condiciones de posibilidad" que dieron pie a la constitución de ese proceso, tal vez indagando en dos o tres generaciones anteriores.

Revisando la literatura sobre acción colectiva, el autor encontró dos tendencias fundamentales; la búsqueda de control de ciertos recursos sociales por parte del grupo y las vivencias de frustración experimentadas por quienes componen la sociedad. Ambas visiones coincidieron en que la unidad del grupo se conforma mediante la presencia de bienes colectivos. En oposición a este colectivismo, surgió el individualismo metodológico de origen liberal (Olson, 1968), que se fundamentó en el cálculo estricto de los costos y beneficios que se obtienen al participar en cierta acción; pero otros autores (Pizzorno) validan el razonamiento de la acción colectiva y critican el alcance del individualismo para explicar otras acciones. El autor concluye que hay distintos tipos de racionalidad (Rabotnikoff, 1989); que cualquier "bien" que oriente la acción colectiva o individual lo es cuando existe un reconocimiento colectivo, y que la colectividad permite a los individuos poseer criterios valorativos para desear un objetivo.

Para él, la investigación del movimiento de los años sesenta en Argentina sólo se podía analizar si se encontraba un camino para explicar la construcción de las representaciones individuales y colectivas que organizaron e impulsaron el movimiento. ¿Cuáles fueron las representaciones psicosociales que organizaron la acción de los sujetos involucrados? Las historias de vida son claves al responder estas preguntas, pues permiten esa reconstrucción. En un primer momento, algo fundamental fue establecer la relación entre los testimonios personales y el movimiento social, como una forma de recuperar la discusión entre individuo y sociedad. El principal supuesto adoptado por este autor es el que Marx planteó cuando dijo que el hombre sólo se individualiza en sociedad, con lo que establece el origen social del individuo. Otro soporte utilizado fue el psicoanálisis lacaniano, el cual aportó elementos de interpretación, ya que, a diferencia del funcionalismo estructural, propone una explicación en la que lo social se aprecia más profundamente. Bajo ambos supuestos, trató de indagar la determinación de lo social en la constitución del sujeto, pues de ello dependería la elaboración de los axiomas teórico-metodológicos y de los conceptos ordenadores básicos. Esta determinación de lo social sobre el individuo lo obligó

a indagar sobre el papel de lo simbólico, y ese universo lo obligó a pensar en la palabra, en tanto lenguaje escrito. La lengua es lo que acumula la riqueza de la experiencia social, pero también es el límite que todos tenemos para comprender lo real. Esto quiere decir que lo que no está simbolizado no se puede ver y que no todo lo que se ve es una reproducción pura de lo real. A partir de las historias de vida se pretendió captar rasgos de las construcciones conceptuales y de las interpretaciones que reunieron a jóvenes cuyos orígenes políticos y culturales fueron muy diferentes. La intercomunicación entre ellos sólo pudo ser posible bajo un universo simbólico común, por ejemplo, la presencia de una utopía. Al trabajar las historias de vidas era necesario concretar la constitución social de lo individual y la producción de sus prácticas sociales; luego, determinar en los testimonios cuáles fueron las búsquedas de identidad y los intentos de unificación social.

Desde el nacimiento el sujeto es materia culturalmente organizada. A partir de una reconstrucción del psicoanálisis de Lacan, Saltalamacchia recupera el deseo, la construcción imaginaria del otro, la idea de proyecto, determinación y necesidad de ser que se manifiestan en las voces del pasado y en la representación social del universo sociocultural. Como determinantes sociales de la conducta individual, el autor busca delimitar zonas y formas típicas de producción, circulación y consumo de discursos, y éstos serán sus conceptos ordenadores básicos. El autor partió de la idea de ver la sociedad como una entidad que diferencia y reunifica, en tanto ese supuesto, el primer grupo de conceptos sobre diferenciación, le permite escoger la clase, la edad y la región como determinantes que posibilitan la experiencia, pero que también estructuran zonas específicas de circulación simbólica. El concepto de *habitus*, de Bourdieu, lo utiliza Saltalamacchia para observar cómo, estando compuesto por elementos iguales, éstos cobran diferente significación en el contexto de diversas estructuras, las cuales serán modelos germinales sobre los que se estructurarán experiencias futuras. Otro grupo de conceptos gira alrededor de lo que llama los procesos de reunificación de sentidos y fracasos. Para captar este proceso, escogió tres conceptos ordenadores: *orden hegemónico*, que se refiere a un tipo de ordenamiento social en el que se dan formas de explotación de clases, de diferenciación social y de subordinación política. La *crisis orgánica* se refiere a la ausencia de lazos orgánicos en una comunidad, lo que significa un debilitamiento del sistema de referencias que mantiene la coherencia de cualquier formación social. El tercer concepto ordenador es el de *movimiento social*, el cual es una configuración social limitada formada en torno a una lucha por la reestructuración de las relaciones de poder en la formación social. El movimiento social expresa la constitución de una identidad colectiva.

En el último capítulo, Saltalamacchia aborda el uso de la técnica en dos temas fundamentales: la representatividad de la muestra y la entrevista. Respecto al primer aspecto, señala la común preocupación por evitar grandes diferencias en la muestra, así como por conocer el margen de error probable. Proporciona sugerencias válidas científicamente para las muestras probabilísticas, pero el autor pregunta si sólo los axiomas de la estadística cubren los requerimientos de los diferentes objetos de la investigación social. Menciona que no

es cierto que la lógica de la investigación sociológica sea isomórfica con los axiomas estadísticos, pues el álgebra estadística se basa en dos principios: el de identidad y aditividad de sus unidades para conjuntos homogéneos. Pero la población humana no es homogénea.

También el uso de entrevistas tiene deficiencias en el nivel de la captación de información. Pero las estructuras de relación y las jerarquías internas tienden a resaltarse mediante el uso de técnicas cualitativas. Sobresale el muestreo predispuesto, el intencional y los muestreos por cuotas; en todos se elige premeditadamente un subconjunto de la población en el que se encuentran las características que se van a estudiar. Pero, ¿en qué medida y dentro de qué límites uno o varios testimonios individuales pueden establecer generalizaciones teóricas? ¿Cuáles son los criterios para construir una muestra representativa apta para el uso de historias de vida? Desde el punto de vista probabilístico e individualista, la respuesta es negativa. Pero si se considera que no hay ruptura entre individuo y sociedad y que en todo sujeto está presente una compleja instancia común, entonces, cada testimonio de la sociedad no sólo es testigo sino también producto de ella. También es cierto que cada individuo incorpora un determinado inconsciente colectivo, pero no es posible que el discurso de un entrevistado pueda representar a toda la sociedad. A diferencia de las muestras cuantitativas, el tamaño de las cualitativas se halla en constante rectificación; el número y la calidad de los entrevistados, así como los criterios de investigación, estarán siempre siendo revalorados. El número óptimo de la muestra se encontrará cuando se "sature" la misma.

En cuanto a la entrevista, nos señala que la falta de información documental sobre algunos temas sociológicos obliga a la recuperación oral del mismo, ya que es el sujeto quien ha vivido el momento y el lugar. El autor resalta la reconstrucción del sentido, entendiéndolo como el lugar que ocupan los hechos en la estructura de relevancias que organiza la percepción activa del sujeto. La estructura de relevancias se funda en valores, saberes y certezas compartidas con sus contemporáneos. Existen problemas en la relación entrevistado-entrevistador, pero para disminuir los sesgos se pretende hacer de la entrevista una investigación conjunta y no una simple recolección de datos, de forma que sea posible discutir los significados de la entrevista. Para preparar la entrevista hay que sumergirse en el universo fáctico y cultural del entrevistado. No es prudente llevar una guía escrita, pues puede romper la espontaneidad de una simple conversación. El lugar de la entrevista también es muy importante; en lo posible, debe ser tranquilo, pues de lo contrario el contexto se incorpora a la interpretación. Es deseable la realización de tres entrevistas; pero por tiempo y presupuesto muchas veces se reducen a dos.

La aportación importantísima del libro de Saltalamacchia es dejarnos ver lo que siempre se deduce en cualquier investigación sociológica. Ampliamente explicada, encontramos la metodología, la creación heurística, el pensamiento que selecciona, construye y edifica la investigación sociológica. Su valor fundamental reside en que resuelve preguntas fundamentales con un ordenamiento específico: la investigación; vence temores sobre los paradigmas del sociólogo y exhibe sus tendencias, sus valores y sus afectos que aparecen por lo común

permeados de objetivismo. Saltalamacchia decide resolver sus propias y personalísimas encrucijadas, logrando lógica y plausiblemente su cometido. Sin embargo, está algo descuidada la edición del libro, y en algunas partes confusas, las anotaciones bibliográficas. Además, el autor tiende constantemente a la repetición de sus argumentos, tal vez en un ánimo inconsciente por reafirmar la lógica de su estructura de pensamiento. Es fundamentalmente un libro de metodología en plena *praxis*, cuyo valor reside en la originalidad para abordar el tema, más que en el tema mismo. Mezcla de teoría social y de psicoanálisis, el mérito del autor se halla en la ruptura con supuestos estadísticos, teóricos y epistemológicos que, por desgracia, el investigador muchas veces tiende a ignorar. Se trata de un texto clave para aquel que se inicia en el uso de este enfoque, pero fundamental para quien lo ha trabajado ignorando el origen de esta técnica, o para quien trabajándolo guste discutir los efectos teórico-epistemológicos de su utilización en sociología.

Verónica Montes de Oca

ILÁN BIZBERG, *Estado y sindicalismo en México*, México, El Colegio de México, 1990.

El determinismo estructural, en el origen de la formación de la mayoría de los sociólogos durante los años sesenta y ochenta, sigue vigente en muchos campos de esta disciplina hasta nuestros días. Desde esta perspectiva, las reglas sociales constituyen un orden cuya existencia se da *a priori* y que está reproducido, más que producido, por los actores. En el campo de las relaciones laborales en México, esta tendencia se ha desarrollado al grado de prácticamente marginar intentos que parten del supuesto de un orden social negociado, resultado de alternancias de pugnas y treguas entre actores sociales definidos como constructores y transformadores del orden social. La mayoría de los trabajos en los últimos años siguen presentando el movimiento obrero mexicano como irremediablemente subordinado a formas de poder político que excluyen la posibilidad de transformaciones desde abajo. El teorema central de tales trabajos puede resumirse de la manera siguiente: el poder del movimiento obrero se mide, por una parte, por el tamaño de la fuerza de trabajo en relación con la tasa de sindicalización y, por otra, por la capacidad de negociación de los líderes obreros frente al Estado, dentro de las estructuras y espacios definidos (unilateralmente por el Estado) para éstos. El corolario es que cualquier intento de actuación por parte de algunos elementos de la fuerza laboral que salgan de estos márgenes institucionales estrechos son considerados excepcionales (o sea, no necesitan integrarse en la teorización general que orienta la investigación) y, por lo demás, condenados al fracaso, el cual comprueba la tesis del Estado todopoderoso y de la fuerza de las estructuras que éste ha creado.

En la historia posrevolucionaria de México, tanto el tamaño de la fuerza de trabajo fabril como su tasa de sindicalización han sido bajos —por razones que no nos incumbe hacer explícitas en este reducido espacio. A raíz de las profundas transformaciones en la estructura industrial de México durante los años ochenta, esta tendencia se ha agudizado. Por lo tanto, puede concluirse desde esta perspectiva estructural que el movimiento obrero mexicano al principio de los años noventa se encuentra moribundo y que la mano del Estado es más fuerte que nunca.

Estado y sindicalismo en México de Ilán Bizberg es un ejemplo interesante de una transición difícil entre esta tradición a la vez durkheimiana y estructuralista y una visión alternativa que intenta definir los actores no en función de su posición en una estructura dada, sino en razón de su potencial para transformarla, el cual no puede medirse por su posición dentro de la estructura formal. El autor empieza por definir las instituciones mexicanas como perfectas bloqueadoras de cualquier intento de acción desde abajo, a la vez que revela las luchas reales que se dan en la planta de la siderúrgica Sicartsa de Las Truchas, ubicada en la región costera del estado de Michoacán.

Este libro parte de la premisa de que existe un proceso de desajuste o *décalage* en los procesos societarios globales de la sociedad mexicana —una reformulación al estilo de Touraine de la vieja idea de las tensiones por la modernización. Esto implica, a los ojos del autor, la necesidad imperante de que el Estado dirija el proceso de modernización. A pesar de un postulado tan ortodoxo, el trabajo subraya la contradicción que numerosos autores han querido encubrir, afirmando, por un lado, que las organizaciones laborales tienen un peso significativo en la política mexicana (p. 2), al grado de que constituyen la defensa del Estado frente a los militares (pp. 110-111), y por otro, que “la función complementaria de cualquier sistema político: *servir de espacio al conflicto y a su institucionalización, ‘desde abajo’* [...] está prácticamente ausente”, (p. 77, subrayado del autor). Para la mayoría de los obreros, el sistema piramidal de organización corporativista significa que para las empresas, en el sector moderno, “son las autoridades de la Secretaría del Trabajo las que convocan a la negociación, las que virtualmente la inician, las que actúan como intermediarios, las que fungen como árbitro colectivo, mismo que adquiere el carácter de ley” (p. 137). Por otra parte, los sindicatos, centralizados en la ciudad de México, nombran a los líderes locales, los cuales pueden despedir a cualquier trabajador opositor por medio de la cláusula de exclusión. Éstas son las aplastantes realidades estructurales. Veamos ahora cuáles son las realidades observadas por el investigador.

Los tres sindicatos estudiados por el autor pertenecen a un movimiento disidente denominado Línea Proletaria, nacido del movimiento estudiantil de 1968 y creado, como se nos aclara, “con el objetivo de influir en los sindicatos” (p. 17), y cuyos “miembros se infiltran en las principales siderúrgicas del país” (*ibid.*), constituyendo “líderes obreros naturales” (*ibid.*). En el nivel de planta, los delegados son democráticamente elegidos para negociar las condiciones de estructuración de las tareas, “[haciendo] a un lado a los líderes infiltrados originalmente [por la oficina central] y [convirtiendo] Línea Proletaria en una corriente auténticamente obrera” (*ibid.*).

¿Qué pasó aquí? ¿Cómo fue posible que se constituyera una estructura paralela disidente, cuando todas las posibilidades de que esto sucediera se habían excluido por definición? El libro ofrece cuatro importantes respuestas a esta interrogante, ninguna congruente con las premisas teóricas con las cuales empieza: *primero*, los sindicatos son capaces, en algunos casos, de transmitir las demandas de sus bases y en el caso de Sicartsa el sindicato lanzó una huelga en 1978, con el propósito de disuadir al gobierno de continuar el proyecto de largo plazo de construcción de un amplio complejo siderúrgico en Las Truchas (p. 219); *segundo*, este mismo sindicato disidente logró “por lo menos cuatro paros espontáneos de trabajo que la dirección espuria [léase, oficial] del sindicato no pudo recuperar [...] [y] la administración se vio en la necesidad de negociar, en algunos casos, *directamente* con los obreros” (p. 223, subrayado del autor); *tercero*, a pesar de que los líderes oficiales han despedido a los ‘líderes naturales’ asociados con Línea Proletaria, éstos han sido recontratados después de haber logrado derrotar desde fuera de la empresa a los delegados impuestos por la cúspide —o sea, algo técnicamente imposible—; *cuarto*, la dirección de la empresa tiene total libertad para tratar directamente con los delegados departamentales, en vez de con los delegados oficiales del sindicato.

¿No es ésta una situación en la que el autor tendría que concluir, a la luz de sus observaciones, que su premisa de que los obreros son absolutos presos de las estructuras establecidas fue equivocada? Bizberg no lo entiende así. Afirma, por el contrario, que los procesos desde abajo no pueden interpretarse como acciones sindicales, sino como algo “a nivel más bajo” (*sic*), centrado en lo coyuntural y en las particularidades (p. 242). Por lo tanto, tales manifestaciones no pueden considerarse como contraejemplos a la tesis de un Estado todopoderoso que impone sus decisiones a líderes serviles. Al final del libro, Línea Proletaria se ve derrotada, lo cual, para el autor, significa el punto final de la autonomía obrera. Estamos de vuelta con la definición oficial del sistema como la única válida, sin que la disidencia observada y vivida haya dejado huella alguna, o abiertas posibilidades, para el futuro. Afortunadamente, queda este único capítulo empírico como testimonio de realidad compleja y llena de turbulencias en las relaciones, tanto conflictivas como consensuales, entre bases, delegados departamentales, jefes de secciones, dirección empresarial, Secretaría del Trabajo, y, en última instancia, políticas industriales del país. A fin de cuenta, éstos son los elementos que ofrecen la posibilidad de visualizar el cambio, en vez de negar su posibilidad.

Viviane Brachet-Márquez

MARÍA LUISA TARRÉS (comp.), *La voluntad de ser. Mujeres en los noventa*, El Colegio de México, 1992, 312 pp.

El libro compilado por María Luisa Tarrés presenta una visión renovada de la reflexión sobre la problemática de género. Nutriéndose de consideraciones críticas sobre los enfoques tradicionales en este ámbito reflexivo, la compilación presenta una visión de conjunto que se orienta a destacar lo positivo de la acción femenina en las distintas esferas de lo social. Antes que reducir el análisis a la constatación de la desigualdad social prescrita por la construcción de género, el esfuerzo analítico se encamina a salvar los obstáculos metodológicos que dificultan la concepción de la mujer como sujeto social.

Integrado por doce artículos agrupados en tres áreas temáticas básicas y una amplia introducción de la compiladora, el libro toma como objeto de análisis a las mujeres con participación en la vida pública mexicana en el transcurso del último decenio. Se trata de mujeres con inserción activa en la sociedad: maestras, sindicalistas, feministas, profesionistas, científicas, a las que se visualiza inmersas en un contexto general de cambio.

Si bien las referencias empíricas se sitúan principalmente en la década pasada, el horizonte analítico toma como eje de referencia las grandes transformaciones ocurridas en la sociedad mexicana desde mediados de siglo, de ahí que el proceso de incorporación de las mujeres a la esfera pública sea visto como parte de una transformación más general de la sociedad.

La óptica analítica privilegia una visión del desarrollo en la que se destacan los procesos de desestructuración del orden generados por el cambio social. Estos procesos de cambio someten necesariamente la identidad femenina a tensiones y contradicciones, de las que emerge una redefinición de la misma. La relación analítica clave es el vínculo mujer-modernización, desde el cual se privilegia la diversidad de experiencias sobre el reduccionismo y la abstracción. Se entiende que las transformaciones estructurales ligadas con la modernización afectan a las condiciones en que se desarrollan las vidas de la mujeres en la medida que suponen el quiebre de los patrones básicos de organización sobre los que se asientan las prácticas y las valoraciones culturales de la construcción de género. La hipótesis que organiza el discurso postula que en esos espacios de relativa desestructuración se abre la posibilidad de una redefinición de la identidad femenina, más allá de las determinaciones estructurales, de los procesos de socialización y de los mecanismos de dominación masculina.

El énfasis en el aspecto productivo de la mujer busca superar los escollos que ha enfrentado la reflexión feminista al conceptual preferentemente a la mujer desde el discurso de la diferencia. La reiterada constatación de su discriminación, de su subordinación social, ha opacado la dimensión activa de las mujeres en la sociedad, impidiendo recuperarlas como sujeto. Por ello, la propuesta de conceptualizarlas como una "voluntad de ser" se plantea como un recurso metodológico que abre un espacio de reflexión entre la *identidad negada* o *subordinada* y la *identidad cristalizada* o *protagónica*, recurso metodológico que hace posible la recuperación de la mujer como actor social. Esta sugerente

perspectiva haría posible a un tiempo incluir la libertad como rasgo necesario de la identidad, reconociendo la debilidad en que ella se asienta en el contexto de los países latinoamericanos.

Los artículos que conforman la primera parte del texto tienen como nudo problemático la reflexión sobre la identidad femenina. Desde distintos ángulos, todos coinciden en afirmar el carácter relacional e histórico de este concepto. La discusión se abre con el trabajo de Florinda Riquer Fernández : “La identidad femenina en la frontera entre la conciencia y la interacción”, que plantea una crítica contundente al concepto de subordinación. La noción de subordinación ejemplifica la paradoja en que ha quedado atrapado el pensamiento feminista : se elaboró contra el discurso hegemónico y quedó atrapado en él. En efecto, a partir de la misma se desemboca invariablemente en la constatación de que la mujer es, en el mejor de los casos, “un fantasma del hombre”. Para escapar a esta contradicción, se propone la construcción de una teoría del sujeto anclada en la experiencia como categoría mediadora. La vinculación con la experiencia evitaría así el importante riesgo del nominalismo. La subjetividad sería, por lo tanto, no el producto de ideas, de valores o de condiciones materiales, sino el resultado del compromiso individual con las prácticas, los discursos y las instituciones que dan significado a los sucesos del mundo. De esta postura teórica se deduce una consecuencia metodológica: la subjetividad de las mujeres (o la experiencia subjetiva de ser mujer) debe ser reconstruida a partir de la posición relativa que éstas ocupan en distintas redes sociales y culturales. Desde aquí, la autora desarrolla una interesante propuesta empírica para el análisis de la identidad femenina, metodológicamente orientada a rescatar las representaciones emergentes de la feminidad.

En “La identidad femenina: crisis y construcción”, Alicia Martínez se sitúa en el ámbito de las movilizaciones feministas de mujeres para rastrear, en los discursos que generan, el perfil de mujer en gestación en los límites entre lo tradicional y lo nuevo. De algún modo, el supuesto que subyace a esta búsqueda es la idea de que la movilización colectiva constituye por sí misma un contexto posicional favorable a una construcción disruptiva de la identidad femenina. Tematizando los relatos en función de las exigencias de un movimiento social, Martínez encuentra cuatro áreas problemáticas en el proceso de construcción de esta nueva identidad colectiva : a) la relación individuo-colectivo; b) los vínculos en el interior del colectivo; c) las relaciones con el mundo exterior, y d) la concepción implícita del poder. Del análisis de estas áreas, la autora concluye que existen aún serios problemas en la relación entre identidad individual e identidad colectiva en el movimiento feminista, lo que queda claramente expresado en la ambigüedad que muestran al vincularse con el poder socialmente reconocido. Para Martínez, la fuerza colectiva de la movilización feminista se encuentra frenada por el predominio de una percepción defensiva que se relaciona con el recurso tradicional a la resistencia pasiva de las mujeres como mecanismo para enfrentar la subordinación.

A partir de un interesante análisis sobre el modelo mariano de identidad y la vocación religiosa a fines del siglo xx, María Gabriela Hita Dussel incursiona en un ámbito poco conocido de la identidad femenina: la identidad religiosa.

La originalidad de la propuesta de Hita Dussel consiste en plantear la hipótesis de que la vocación religiosa, como identidad femenina alternativa, puede constituir un espacio potencial de emancipación femenina. Para la autora, ciertas condiciones de la vida religiosa, la liberación de la cotidianidad doméstica y la prescripción de espacios de reflexión dentro de la regularidad de la vida conventual proporcionan condiciones necesarias —aunque no suficientes— para esa potencial emancipación. La fuerza del análisis de Hita Dussel reside en que logra mostrar efectivamente que la elección matrimonial había dejado de constituir una alternativa para un grupo particular de religiosas. Al rechazar la opción matrimonial, las mujeres transitaron hacia un modelo de identidad en el que la relación con lo masculino pasó a estar mediada por la divinidad, tornándose una relación abstracta carente de referente empírico. Este proceso supuso naturalmente rupturas y recomposiciones de las identidades previas, que la autora se esfuerza por rastrear. Un factor objetivo añade nuevos matices a esta construcción de la identidad, complejizándola: la elección de la vida religiosa constituyó un claro vehículo de movilidad social. La veta de reflexión abierta por este análisis enriquece considerablemente las posibilidades de comprensión de los procesos de construcción de la identidad femenina.

En “Visiones y percepciones de mujeres y hombres como receptoras(es) de telenovelas”, Olga Bustos Romero descubre cambios en la aceptación de los estereotipos masculinos y femeninos vinculados con la edad y el género de los miembros de la familia. Sostiene la hipótesis de que la persistente afición a los teledramas se relaciona con la posibilidad que brindan al espectador de situarse en el plano de la propia realidad psíquica, antes que en el de la realidad objetiva. La autora rescata este espacio de comunicación como reflejo de la vida cotidiana, susceptible de modificarse hasta expresar los cambios de significación de los espacios de relación; de ahí que pueda ser potencialmente utilizado como vehículo de transformación de las relaciones intergénero.

El rastreo pormenorizado que realiza Vania Salles de los ángulos de reflexión abiertos por la perspectiva de género cierra la discusión de la primera parte del libro. La autora nos ofrece una refrescante revisión de las posibilidades para pensar viejos problemas sociológicos desveladas por el enfoque crítico de género, centrándose particularmente en la problemática de la familia. La relectura de la misma desde esta perspectiva cuestionadora rescata ante todo sus aspectos multifacéticos. Entre otras cosas, la familia deja de ser conceptualizada en términos institucionales para ser entendida como fuente de producción de cultura, como espacio de formación de identidades, ámbito de interacción, de producción de relaciones íntimas con contenido político. La llamada “ruptura epistemológica” a que ha dado lugar la perspectiva de género encuentra resonancias en el malestar general del que participa el pensamiento crítico posmoderno. Existen relaciones de afinidad entre ambos procesos en la medida que el enfoque de género permite recuperar la dimensión conflictiva de los espacios íntimos de relación. A partir del mismo, la familia constituye también un momento de desencuentro entre proyectos y realidades, una fuente de malestar, de desencanto, ante las promesas inconclusas de la modernidad. Esta nueva lectura de viejos problemas sociales ha promovido también una actitud

analítica interdisciplinaria que sin duda enriquece las perspectivas del análisis social.

La segunda parte del libro se detiene a analizar empíricamente la incorporación de las mujeres al mundo del trabajo. Orlandina de Oliveira y Brígida García destacan los cambios ocurridos en la participación económica de las mujeres en el periodo 1976-1987. Sobresale la creciente participación de algunos sectores que hasta los años setenta tenían una débil presencia en el mercado de trabajo mexicano: las mujeres de más edad y las unidas o casadas con hijos. Se señala que el incremento en el ritmo de participación de estos sectores guarda relación con las tendencias prevalecientes en los países de mayor desarrollo económico, lo que no sucede, sin embargo, en el caso de la creciente incorporación de las mujeres de menor calificación. Las autoras asocian este último aspecto con la tendencia a la diversificación en el uso de la fuerza de trabajo familiar, verificada durante la crisis de los años ochenta, contexto económico que también habría afectado negativamente al ritmo de incorporación de las mujeres con mediana y alta escolaridad.

Mercedes Blanco Sánchez y Norma Blázquez Graf llevan a cabo por separado un análisis de la inserción de las mujeres en dos esferas concretas de trabajo: el sector público y el ámbito científico-académico. La creciente participación de las mujeres en cada una de ellas va acompañada de la persistencia de desigualdades vinculadas con la construcción social de género. Blanco Sánchez constata la existencia de situaciones de segregación laboral dentro de la administración pública mexicana: si bien el promedio de escolaridad de las mujeres es superior al de los hombres, aquéllas ocupan con mayor frecuencia los puestos de trabajo ubicados en la base de la pirámide organizacional. Por su parte, Blázquez Graf muestra que a pesar de que la eficiencia terminal de las mujeres fue mayor durante el decenio pasado, el número de las que pasan de la educación profesional al posgrado disminuye en términos proporcionales. También se reduce la proporción de mujeres en las categorías del Sistema Nacional de Investigadores (SNI), a medida que se asciende a las posiciones más altas.

La última parte del libro explora la presencia de las mujeres en el ámbito político. Una interesante reflexión de Tine Davids sobre la relación entre identidad femenina y representación política encabeza el primero de los cuatro artículos que conforman esta parte. Reconociendo el papel activo del Estado en la producción de imágenes sobre el deber ser de las mujeres, la autora se pregunta de qué manera se ha elaborado la femineidad en los discursos políticos mexicanos. A partir de una crítica a la generalización del concepto de supermadre como base de la legitimación social de las mujeres en la esfera política, Davids muestra de manera convincente que la manipulación política de la imagen materna cambia de sentido dependiendo de la intencionalidad de los actores en juego. Así, la recurrencia a la imagen materna como rasgo sobresaliente de la identidad femenina no tiene por qué estar dotada necesariamente de un contenido conservador; en todo caso, el sentido que adquiera dependerá del marco en que se inscriben los discursos políticos dominantes. El análisis confirma el carácter relacional del concepto de identidad femenina y, subsecuentemente, la necesidad de abandonar la idea de una sola identidad

coherente; muestra también las insuficiencias de la noción de supermadre como herramienta analítica para entender las bases de la participación política de las mujeres latinoamericanas.

Los artículos de María Eugenia Valdés Vega y Estelvina Sandoval Flores se detienen a analizar la participación de las mujeres en las luchas magisteriales. La primera de las autoras reflexiona sobre la presencia de éstas en el movimiento de la sección 9 del Sindicato de Trabajadores de la Educación, ocurrido entre enero y julio de 1989. Destaca la relevancia del papel desempeñado por ellas, su presencia masiva en los contingentes de huelga, en las marchas y en los mítines y la impronta particular que dejaron en las formas de acción política. La reflexión reconstruye globalmente el movimiento contextualizando los factores que permitieron su emergencia y radicalización. La asimetría entre la participación masiva de las mujeres y su escasa presencia en los puestos de dirección de la estructura sindical se interpreta en el sentido de una cierta especificidad de la actuación política femenina. Las mujeres preferirían restringir su esfera de acción a los campos o espacios sociales más próximos a su actividad cotidiana, tales como el aula o el entorno familiar.

En "Mujeres, maestras y sindicalistas", Estelvina Sandoval Flores limita su análisis a la participación sindical de las maestras de primaria del Distrito Federal, tratando de reconstruir los significados que las mujeres atribuyen a su acción. La premisa que guía el trabajo parte de la indisociabilidad de ambos espacios de relación, sindical y escolar, para entender el sentido que ellas otorgan a sus prácticas políticas. Tratando de alcanzar una aproximación al sujeto concreto que lleva a cabo la acción de educar, la autora reconstruye los aspectos centrales de la concepción política que subyace a la participación de estas mujeres, logrando un paso significativo en la comprensión de la conflictiva relación entre mujeres y poder. Parece desprenderse la idea de que la autoexclusión de las mujeres de las esferas de dirección envuelve al menos dos procesos complementarios: la propia desvalorización de la capacidad de acción y la permanencia de una actitud moralizadora frente al poder.

Este punto señala uno de los aspectos problemáticos no resueltos en la reflexión intelectual sobre los problemas de género que fue creciendo en importancia a lo largo del texto. Constituyó un núcleo de preocupación común de las diversas autoras, si bien conservando los tonos y matices particulares de cada formulación. ¿Qué mediaciones se interponen entre las mujeres y la política que les dificulta la apropiación de esta esfera de acción? ¿Por qué los procesos de significación siguen teniendo como escisión fundamental la disociación entre mujer y poder político? Éstas son preguntas que aguardan todavía nuevos esfuerzos de reflexión.

El libro concluye con un artículo exploratorio de Alejandra Massolo sobre la relación entre políticas urbanas y mujer en el que se constata su ausencia sistemática de los planes gubernamentales, a pesar de la estrecha relación existente entre mujeres y hábitat. También se propone una agenda programática orientada a despejar el camino hacia la inclusión plena de las mujeres en los paradigmas de planeación del desarrollo urbano.

En conjunto, *La voluntad de ser. Mujeres en los noventa* ofrece una intere-

sante mirada panorámica sobre un proceso secular: la creciente inserción de las mujeres en la vida pública. El saludable interés por salvar los escollos metodológicos interpuestos a la concepción de la mujer como sujeto, cumple el doble propósito de recuperar la enorme riqueza contenida en la diversidad de experiencias de ser mujer y evitar la reducción del análisis al simple reconocimiento de la diferencia prescrita por la construcción de género. Sin duda, la sugestiva compilación dirigida por María Luisa Tarrés abre nuevos espacios de reflexión para pensar las múltiples formas en que es posible la condición social de mujer.

Marina Ariza

GUSTAVO VERDUZCO, *Una ciudad agrícola: Zamora. Del porfiriato a la agricultura de exportación*, México, El Colegio de México/El Colegio de Michoacán, 1992.

Entre las virtudes de esta investigación, existe una relativamente escasa en los trabajos sociológicos actuales: el empeño en no arrancar el pasado del estudio del presente, aspecto en el que se centrarán los siguientes comentarios. Este libro propone entender la Zamora de hoy, conociendo lo que fue, los eventos y procesos que la modelaron, marcaron, orientaron. Investigar lo ya acontecido parece un método que da sentido a lo que se está viviendo. Esta faceta fue cultivada con esmero y consultando varias fuentes originales: el Archivo Municipal de Zamora, memorias de Michoacán y, sobre todo, una colección privada —la de la familia García Sáinz.

En *Una ciudad agrícola: Zamora...*, la historia cumple, en primer lugar, la función de dar sentido a experiencias personales y de grupo. Como Gustavo Verduzco aclara en la introducción, este estudio parte de una comprensión de lo que significa “ser zamorano” —de familias oriundas de este rincón del occidente—, y de una concepción del mundo, del país, de la familia, de la religión y de sí mismo, con raíces que se hunden en el pasado de Zamora. En cierta forma, este libro es también —desde una perspectiva diferente, y con otros objetivos— un regreso al terruño, como el que hiciera don Luis González cuando escribió su célebre *Pueblo en vilo*, una historia universal de San José de Gracia mostrando toda su riqueza humana. Ahondar en la historia zamorana permitió al autor orientar esta investigación cuando, después de años de acariar recuerdos, regresó como investigador de El Colegio de Michoacán.

Pero las situaciones que llevan a historiar rebasan al individuo y plantean necesidades sociales, de grupos y colectividades. Al igual que el resto de los estudios regionales, este libro sirve como elemento de cohesión, como conocimiento integrador de los zamoranos de hoy. Y vale la pena recordar que esta ciudad y Michoacán han sido lugares privilegiados en el auge de la microhistoria, dado el empuje de don Luis González y El Colegio de Michoacán.

El recuento de lo que ya sucedió prácticamente nunca nace del puro gusto por conocer, sino de una necesidad de comprender el presente. Es a partir de hoy —de lo que hoy nos interesa y quisiéramos mantener, de lo que hoy nos preocupa y quisiéramos erradicar— que se indagan ciertos antecedentes de preferencia a otros. Varios aspectos de esta reflexión guiaron la obra. En primer lugar, entender cómo se originó la relación entre campo, ciudad y región, los tres niveles analíticos necesarios para aproximarse a la realidad zamorana actual. En segundo, cómo y por qué la introducción de formas capitalistas en el campo, en los últimos decenios, originó diversos mecanismos de deterioro socioeconómico, especialmente entre el heterogéneo grupo de pequeños productores. En esta región, éstos forman una categoría social que se originó en la cúspide del momento revolucionario, con el reparto ejidal cardenista que llegó a poner en manos de ejidatarios 66% de las tierras. Se creó así un amplio sector de pequeños productores que hasta 1960, proveyeron de granos básicos al mercado de la región. En ellos se han cebado las carencias y las faltas de perspectivas económicas.

¿De qué otra manera el pasado ha sido relevante en el estudio que aquí nos propone Verduzco? Siempre ha existido un intenso debate sobre cuál es el sentido de la historia; desde luego que el desacuerdo persistirá, pues el tema no es susceptible de resolverse en consenso. Existen historiadores, como el maestro José Miranda, que piensan que la historia no tiene ningún sentido práctico, “no sirve para resolver los problemas del presente; no nos inmuniza contra las atrocidades del pasado; no enseña nada, no evita nada, desde el punto de vista práctico vale un comino”. En el otro extremo están quienes consideran que la historia “científica” permite comprender la pauta que los procesos han ido entretejiendo en el pasado y, de allí, deducir el desarrollo futuro. Es decir, la historia permite hacer un diagnóstico probable de lo que sucederá. Entre esos polos, y para el grueso de los historiadores, su quehacer ayuda a comprender el presente. Un hecho deja de ser gratuito al señalársele sus antecedentes. Estos sucesos anteriores en el tiempo —sus principios— pueden ser vistos como una explicación y como una causa. Existe aquí un doble sentido: principio como un inicio en el tiempo —un antecedente— y principio como fundamento, como base en la que descansa la existencia de algo.

En este libro se exponen ciertos eslabones, ciertas cadenas de hechos que explican por qué Zamora es como es. El mejor ejemplo intenta entender por qué esta región ha sido, desde tiempos remotos, lo que Luis González calificó de “coto clerical”. En las luchas entre liberales y conservadores que desgarraron al país en el siglo XIX, Zamora fue siempre un firme aliado de los últimos. Durante el Porfiriato, en la ciudad y sus alrededores, se logró entretejer la añorada modernización económica, sin que por ello palidiese la dominante influencia clerical. Durante el dominio de los hombres de Aguaprieta, la guerra cristera tuvo aquí una actividad guerrillera importante. Todavía a mediados de este siglo, como se recuerda en esta obra, la actividad cotidiana se interrumpía varias veces al día con las campanadas de la catedral.

Verduzco muestra el inicio de la cadena, los eventos que llevaron a esta conformación clerical, como fundamento de la sociedad, la cultura y la econo-

mía zamorana. El parteaguas fue la creación de la diócesis de Zamora en 1864, en plena intervención francesa. La diócesis fue sugerida por los obispos mexicanos que habían sido expulsados del país en las luchas contra los liberales. Se le concibió, desde el inicio, como un baluarte frente a las embestidas secularizadoras y modernizadoras del grupo liberal y su idea y empeño en ir formando un Estado moderno, un poder político separado y por encima del eclesiástico.

El hecho de que en Zamora naciese Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos —quien durante el imperio de Maximiliano fue arzobispo imperial de la ciudad de México y, a lo largo de decenios, cabeza antiliberal del clero— sería decisivo. Crear esta diócesis fue una declaración de autonomía local, pues en adelante, Zamora se entendió directamente con Roma. Esta libertad también se tradujo en autonomía en el manejo de los amplios recursos económicos que la Iglesia llegó a acumular. Ante el apoyo que tenía de la sociedad y de su élite —especialmente importantes fueron los lazos de sangre entre el clero y la burguesía regional—, la iglesia zamorana siguió próspera e influyente, a pesar de estar inserta en los regímenes liberales; entre otros beneficios, mantuvo el acceso a las haciendas que, en teoría, la ley Lerdo de 1856 le había obligado a vender. También continuó beneficiándose de un eficaz sistema de cobro y administración de riquezas, como diezmos —vigentes, no obstante su prohibición legal— y donativos.

El dinamismo intelectual que se imprimió a esta diócesis afectó profundamente a la conformación ideológica —conservadora, clerical y antiliberal— de los pobladores de la región, sobre todo de los más afortunados. La diócesis fue creada, intencionalmente, “como sistema de reclutamiento y formación de futuros miembros del clero en el arte de manejar las ideas y sus signos”. Bajo la guía del seminario de Zamora —de alto nivel académico y fuerte influencia europea—, la iglesia dominó completamente el aparato educativo, desde las escuelas primarias en la ciudad, pueblos y rancherías aledañas, hasta un sistema de secundarias y estudios superiores —es decir, el seminario. De todo ello, los inicios y fundamentos de Zamora como “coto clerical”.

Y así como en este libro, la sociología se beneficia de los fundamentos históricos, el estudio del pasado también se enriquece con la utilización de conceptos sociológicos y da una doble fecundidad; ello se manifiesta en la visión poco usual con que se analizan los adelantos, el orden y el progreso del antiguo régimen. Por lo general, se muestra la modernización económica porfirista con base en el despegue de la agricultura comercial de exportación: azúcar, henequén, café y algodón. Aquí se presenta un aspecto menos investigado: el desarrollo de una ciudad intermedia con actividades no sólo agrícolas. El libro detalla y matiza la polarización social que hizo famosa la larga era dominada por Porfirio Díaz. Particularmente novedoso es que la concentración de la riqueza surge como respuesta a las necesidades de intermediación económica, política y cultural requeridas por el proyecto de modernización, cuando fueron coagulando en la realidad los anhelos liberales.

Al igual que en tantos otros aspectos, Zamora aparece como prototípica de otras ciudades intermedias del país. Su burguesía desempeñó un papel fundamental para unir el desarrollo agrícola, comercial, industrial y de servicios,

como intermediaria entre la región y el centro, como mediadora entre el mundo económico y el de la política local y nacional, como enlace de los aspectos religioso, educativo, e ideológico con la sociedad y el aparato productivo.

Y no se trata de meras generalizaciones: este análisis de sociología histórica lleva nombres. Se presenta a la familia de Francisco García Amezcua y sus trece hijos como paradigma de este entramado de variables. El fundador de este emporio familiar pasó de ser arriero a convertirse en el más próspero comerciante de Zamora. De ahí, a acumular fincas urbanas y rústicas: a mediados de siglo poseía las haciendas de Rinconada y Cerrito de Catpuato; para 1876, año en que Díaz se hizo del poder, era dueño de 5 haciendas, 8 terrenos y 16 labores. Fue un camino típico de la burguesía de esos años, como muestran sus semejanzas con Evaristo Madero, el fundador de la dinastía coahuilense. Su fortuna se llegó a calcular en un cuarto de millón de pesos, con fincas que abarcaban 7 000 hectáreas y poseían más de 4 000 cabezas de ganado.

Sus hijos, bajo la dirección de Francisco Celso, llegaron a ser el epítome del éxito y la modernización en la esfera económica y política. Francisco García fue presidente municipal de Zamora y senador. Gracias a sus excelentes relaciones de poder y amistad con funcionarios poderosos y personajes acaudalados de Michoacán, y la ciudad de México, estuvo entre los que negociaron con don Porfirio la construcción del canal de Zapadores, que aportó cambios profundos a la economía regional, en 1891, cuando multiplicó la cantidad de hectáreas con riego, modificando el monto y la calidad de los cultivos. A cambio, los zamoranos desistieron de sus anhelos independentistas y de separación política con todo y un gran territorio de Michoacán. Era un anhelo antiguo, ligado precisamente al arzobispo Labastida y Dávalos. Tal y como se negoció, fue una componenda típica del Porfiriato: ventajas para el engrandecimiento económico de unos cuantos a cambio de lealtad y de reducir las aspiraciones de autonomía.

Gracias a su capacidad para tejer estas redes clientelistas, García logró grandes negocios con la aparición del tren que iba de Zamora a Guadalajara. La compañía Hermanos García tuvo un desarrollo espectacular, acaparando terrenos y lanzándose a grandes obras para introducir riego en sus haciendas. Los sistemas hidráulicos y el ferrocarril impulsaron a la burguesía zamorana a hacer un uso intensivo de sus terrenos, a diversificar sus cultivos, a mejorar semillas y técnicas agrícolas; en una palabra, a avanzar hacia la añorada modernización, en la cual liberales y porfiristas habían cifrado sus sueños. Fueron, además, eslabón entre ciudades: los García se hicieron comisionistas de molinos para la compra-venta de trigo en México, Guadalajara y Toluca y representantes de varios bancos y compañías aseguradoras. Estuvieron íntimamente ligados a la modernización de la ciudad, introduciendo el agua potable y la electrificación. En suma, este botón de muestra permite que nos adentremos en las burguesías de ciudades intermedias, con el cambio de siglo, y en la forma como eslabonaron el mundo sociopolítico, religioso y económico. Descubre también la adaptación de un orden conservador, tradicional y católico a las condiciones que iba imponiendo un Estado en formación.

Por otro lado, la visión sociológica permitió al autor observar en las trans-

formaciones habidas en el campo zamorano desde el último tercio del siglo XIX una estructura social compleja, estratificada y diversa. Por ejemplo, en contra de la tesis tradicional de la inmovilidad de la propiedad en el antiguo régimen, se muestra —con amplio apoyo de material original— un dinámico intercambio de bienes rústicos y la concentración de la tierra y del agua en un puñado de familias. Como la propiedad no era la única manera de acceder a la tierra y a la riqueza, cobra relevancia el mediero, el arrendatario y el peón, tanto el “alquilado” que vive en pueblos aldeaños como el “ecuarero”, que reside en la hacienda o rancho y a quien se le permite cultivar parte de sus productos de subsistencia en tierras marginales de la finca, los “ecuaros”.

Por último, cabe mencionar un encantador capítulo introductorio, una nota de “historia de la vida cotidiana” tan en boga, que permite, a quienes no conocemos Zamora, ambientarnos en la arquitectura de las iglesias, de las casas, en el color de los techos y paredes, en el tipo de árboles y huertas familiares, en los olores, polvo, falta de agua, en los contrastes entre las tierras de riego y aquellas secas y polvorientas. La geografía humana se refleja en los gustos y las pasiones de quienes aquí habitan: nos enteramos de cómo las tierras de riego en las poblaciones alrededor de la Laguna de Colesio dieron pie a lo que el autor llama “los conflictos dormidos que han llevado al exterminio de familias enteras a la siciliana”. Se conocen los bullicios y pasatiempos de la gente, sus preocupaciones cotidianas, el quehacer de las mujeres y los niños, los contrastes entre pueblos: los poseedores de las tierras negras y profundas del valle y los terrenos irrigados que permiten cosechar a lo largo de todo el año, frente a quienes tienen la angustia de vivir de las tierras de temporal de los cerros; sabemos la ilusión que despierta entre los hombres y los jóvenes irse de *bracero* al norte, y entre sus familias, recibir noticias y dinero de los “norteños”.

En suma, *Una ciudad agrícola: Zamora...*, plasma una diversidad de imágenes y las visiones de múltiples protagonistas, para permitirnos conocer el tejido social de una ciudad típica del occidente, en un largo periodo. Se trata de una sociología humana, de una ventana que permite al lector asomarse a la riqueza de su pobladores actuales y pasados.

Romana Falcón